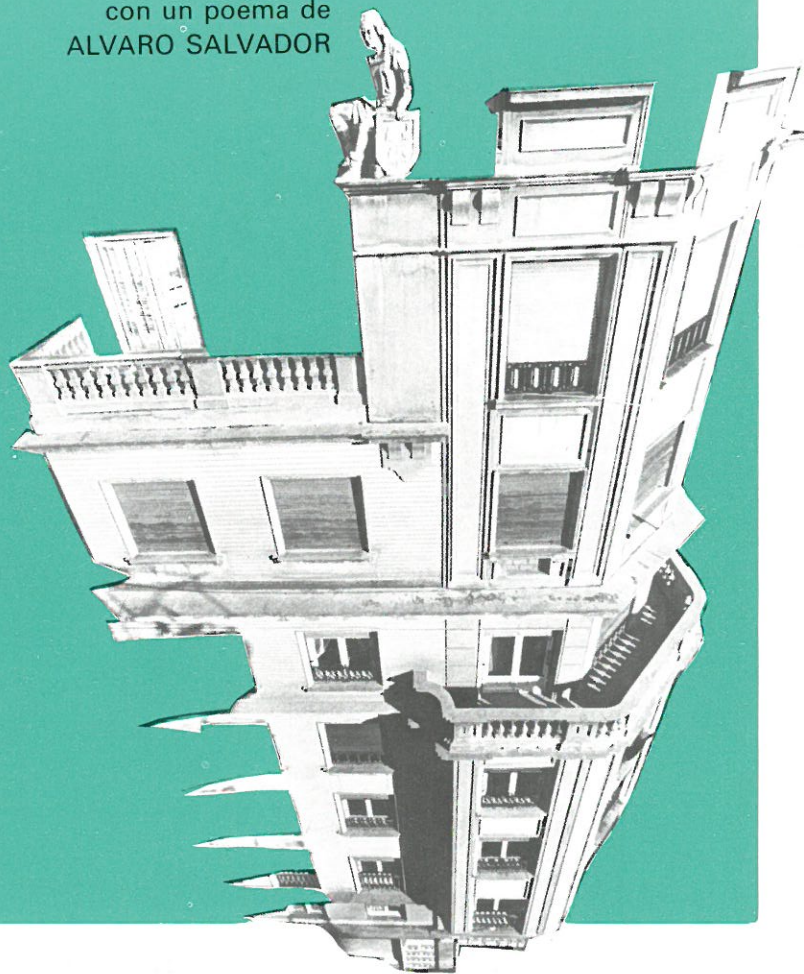


OLVIDOS
DE GRANADA

SUENA UNA MUSICA

Fotografías de
JAVIER ALGARRA
con un poema de
ALVARO SALVADOR



© de las fotografías, Javier Algarra; del poema «Suenan una música», del libro *El agua de noviembre* (Granada, 1985), Álvaro Salvador.

¿Qué puede retenerse de una ciudad?
Los relatos de los vajereros enseñan que casi nadie ve,
en el lugar que visita, algo más que aquellos rasgos mórbidos
puestos por el deseo, una y otra vez, en el plano más cercano a la mirada.
Por eso es posible prescindir de la geografía turística, reducirla a un mínimo
indispensable de imágenes sintéticas que suelen corresponderse
con las pasiones que normalmente recurren en la vida de los hombres.
Y de ahí que una ciudad acabe siendo —y no sólo en el recuerdo,
también cuando se vive en ella y en realidad sólo se ven, todos los días,
las mismas tres o cuatro cosas— una escueta selección
de paisajes que logra condensar todo lo que esa ciudad aún
permite mirar con los ojos del deseo.
El deseo, a su vez, tiene poco que ver con la caricatura para veterinarios
que los débiles de corazón convirtieron en hegemónica. Es persecución
y obsesión de lo que sólo dura mientras en ello hay misterio,
lo que nos deja clavados a remotas preguntas.
Ignoramos todo lo que hay tras la puerta que abre, nos arriesgamos
incluso a que sea un verdadero abismo o pura coquetería. Por eso el deseo
camina por una ciudad como ésta, que puede ser al mismo tiempo
el magnífico animal ya maldito que aún conserva toda la destreza para
la conquista, y también un fullero sin gracia.
Lo que estas fotografías de Javier Algarra dejan tendido ante la mirada es,
así, un plano rigurosamente real e imaginario a la vez: el sur recién
inventado, el fracaso de ese invento y la doble identidad
que resulta de ahí. Y no hay por qué obstinarse en averiguar
qué es lo que mejor vemos en esas imágenes,
la ciudad o nuestra mirada sobre ella.

MARIANO MARESCA

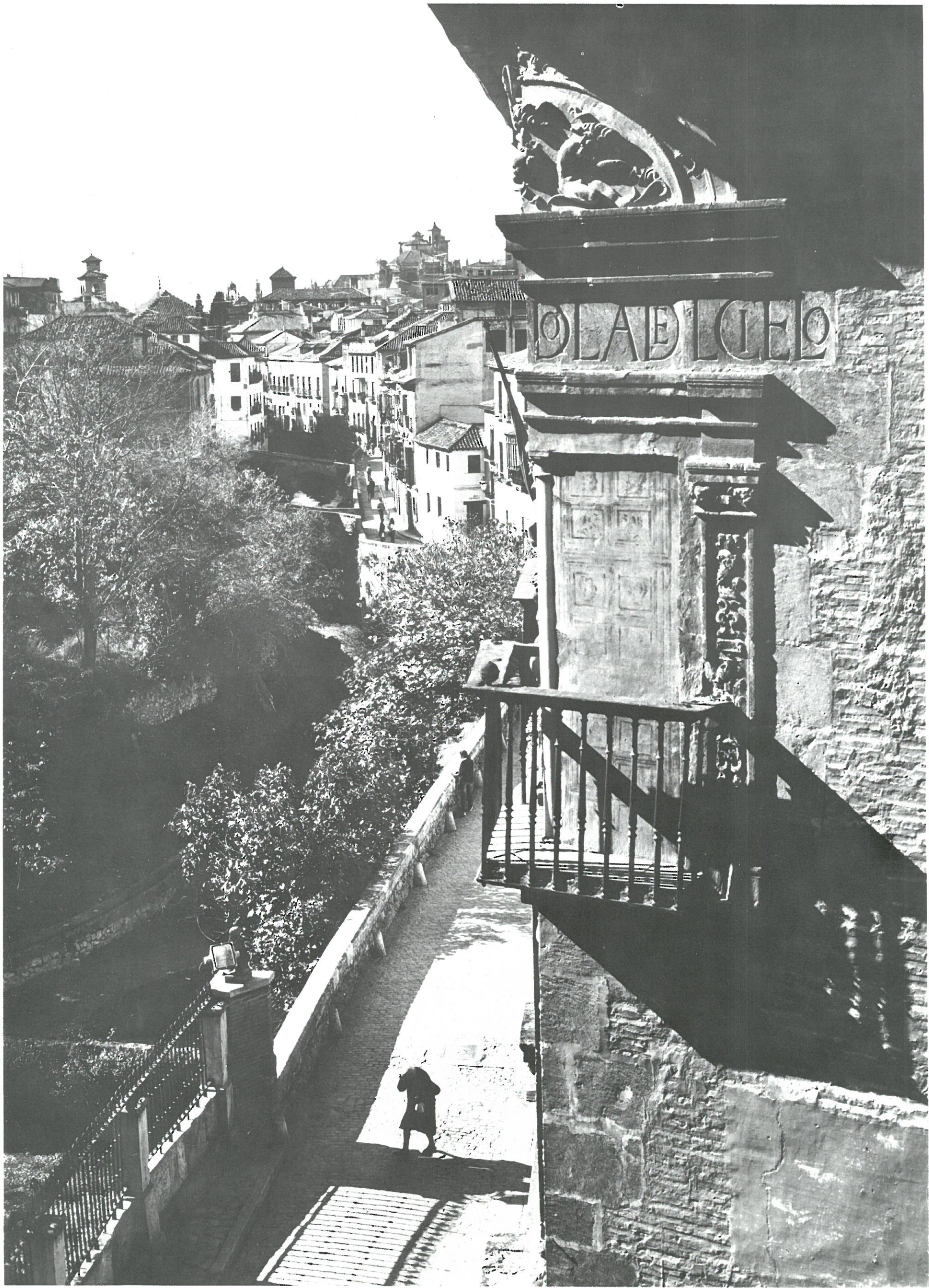
Suena una música

I

Esta ciudad que miras no es la tuya.

Acaso los herrajes,
el húmedo correr del aire transparente,
los tímidos faroles,
la yedra que resbala por las ingles
del río, puedan
trazar las sombras de un pasado efímero
con posos en la sangre: era una historia
sobre todo extranjera.

Mírala,
mírala, bien...
quizá descubras entre los gallos signos,
señales de otra edad sobre las azoteas,
tesoros sumergidos en sus aguas,
esas aguas que nunca fueron tuyas
aunque en ellas quisieras hoy perderte.



II

Tu infancia son perfumes
de un carmen granadino,
naranjos y jazmines esparcidos
sobre la prisionera lluvia de su estanque.
Detrás de aquel jardín,
el ruido de las ocas o el color de los peces,
sólo un cristal —recuerda— amurallaba
la inocente tibieza del reino afortunado.
Y allí
junto a los cierres,
en la dulce ventura del picón y la tarde
inundaba la vida tus pulmones
desde el azul gramófono; la música
también como un reloj
cuando en la puerta
puntual se detenía la canción del cuchillo.
Fuiste feliz entonces
porque ella
te mesaba el cabello con un gesto de ausencia
cada hermosa mañana
en aquel tiempo
cuando el amor aún era posible.







III

Después vino el destierro
casi sin sentirlo.
Sin darnos cuenta apenas
crecimos y crecimos
entre las avenidas y los parques;
recorrimos despacio, cogidos de la mano,
callejas y rincones, oscuros, inquietantes,
arrastrando paquetes, soldaditos de plomo,
colchones y tarimas, y el gramófono
encima de la casa, abanderando
el éxodo imprevisto, fuera ya de tu reino.



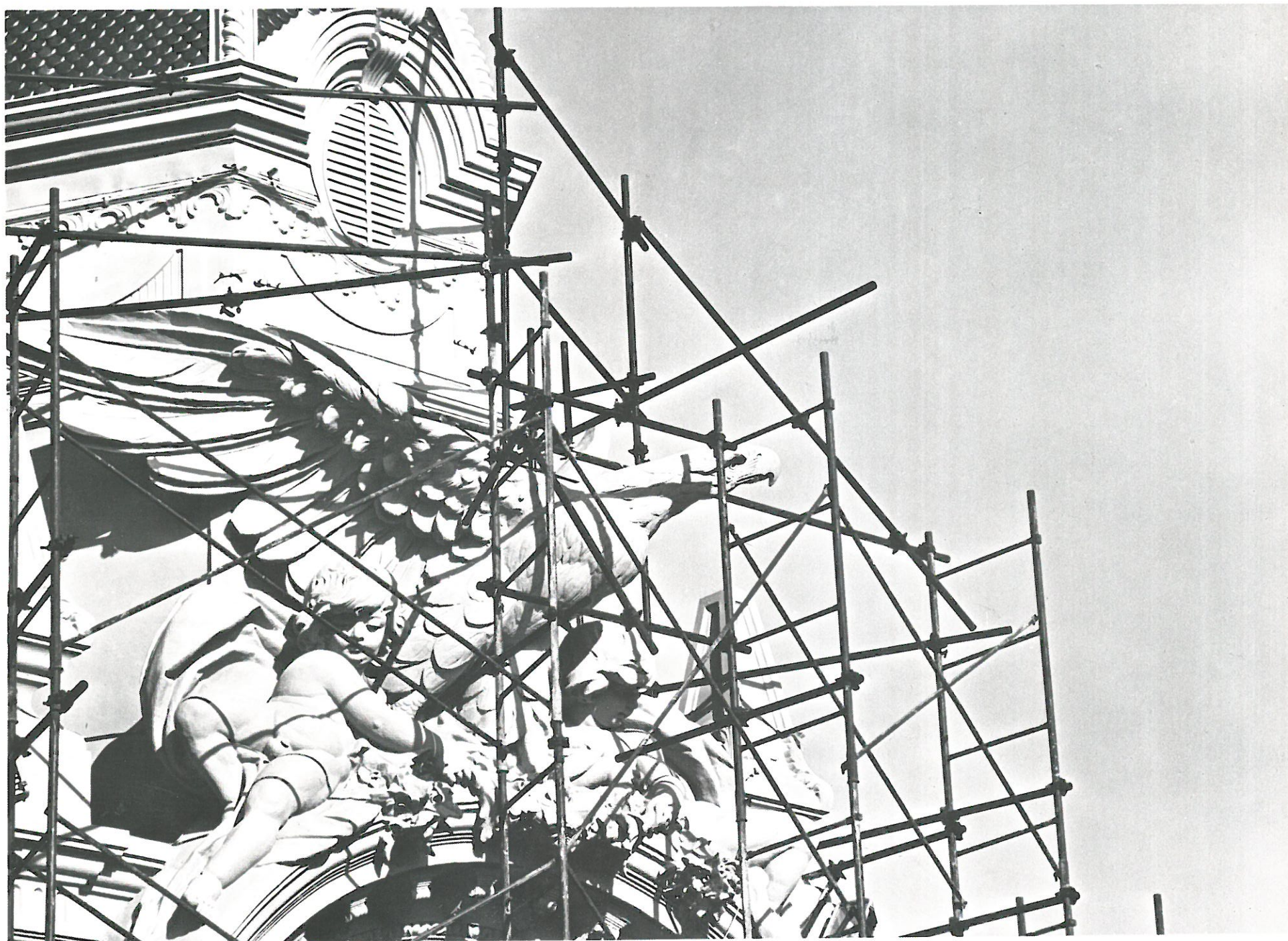
IV

Sobre los saledizos y cornisas,
cansados o burlones,
nos miraban los ángeles custodios
cerrando la frontera de los sueños.

Esta ciudad que miras no era tuya.

Te deslumbró su luz y los neones
desde el palacio gris de los cinematógrafos,
y aprendiste a buscar en las aceras,
en las escalinatas turbias y grandiosas,
en el reflejo fiel de los escaparates
—víspera de los Reyes
besando la ilusión en la bufanda—,
el vértigo profundo de la vida
más allá de jardines clandestinos,
más acá del cemento y de la infancia.



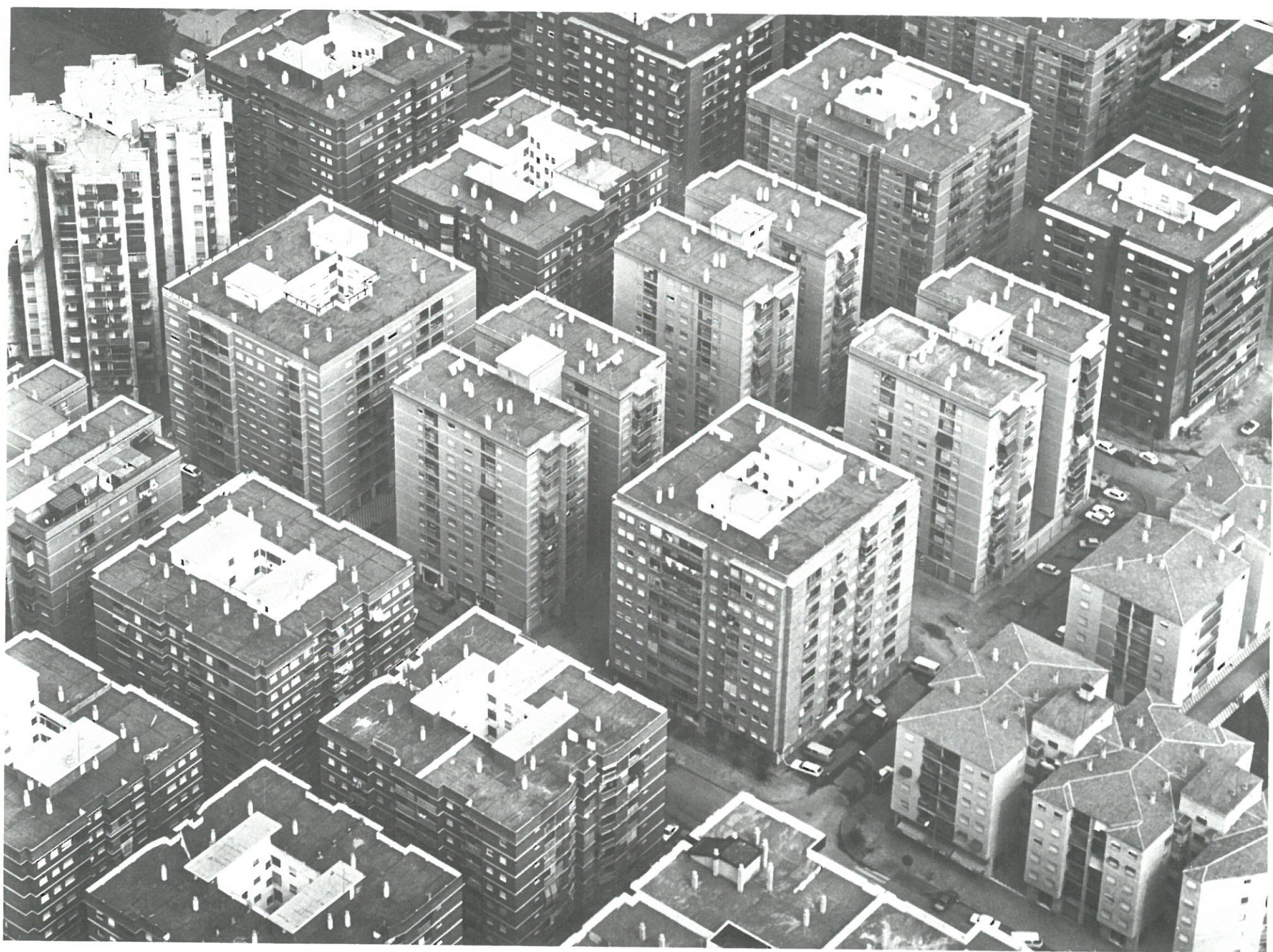


VI

Y creciste
con la complicidad del tiempo,
de una historia
envuelta en celofán,
celebrada por otros desde Abril
hasta abril
saltando primaveras

Era el mes más cruel
y también eras tú tímido y solo,
sólo con tu impreciso y pálido deseo.
Era el mes más cruel y tú
te alzabas tímido
entre las alamedas
bajo el bosque fugaz de hormigón y hojalata.

Creciste
buscando la armonía de unos ojos hermosos
por tardes de domingo, entre sábanas sucias,
cerca de los crepúsculos tu primer cigarrillo.



VII

Esa ciudad que has visto no era tuya,
aguilucho de un tiempo y una historia
que te tocó vencer.

Eran tiempos difíciles, la vida
nos enseñó sus garras, sus sirenas,
los uniformes grises de sus calles
y una necesidad imperiosa de encontrar buenos puertos,
cuestiones trascendentes para sentirnos vivos.

Fueron tiempos difíciles,
tiempos de amor también
y de trabajo, horas
en las que la felicidad, furtiva
como una vieja hipotecada ruina,
nos visitaba siempre sin pasar de la puerta.

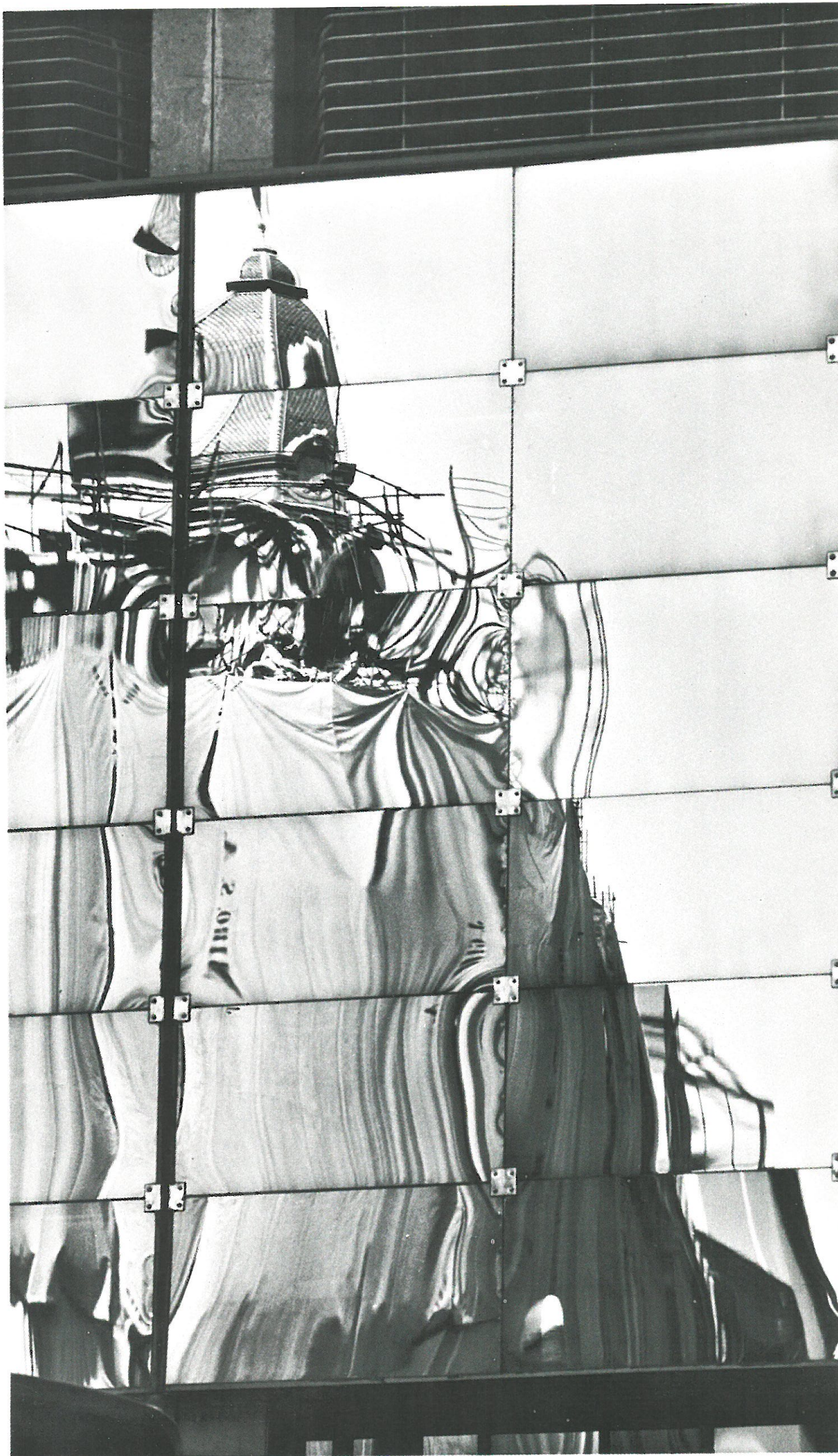
Eran tiempos difíciles, la vida
nos enseñó a mentir, nos obligaba
a tener en la casa un calor clandestino.

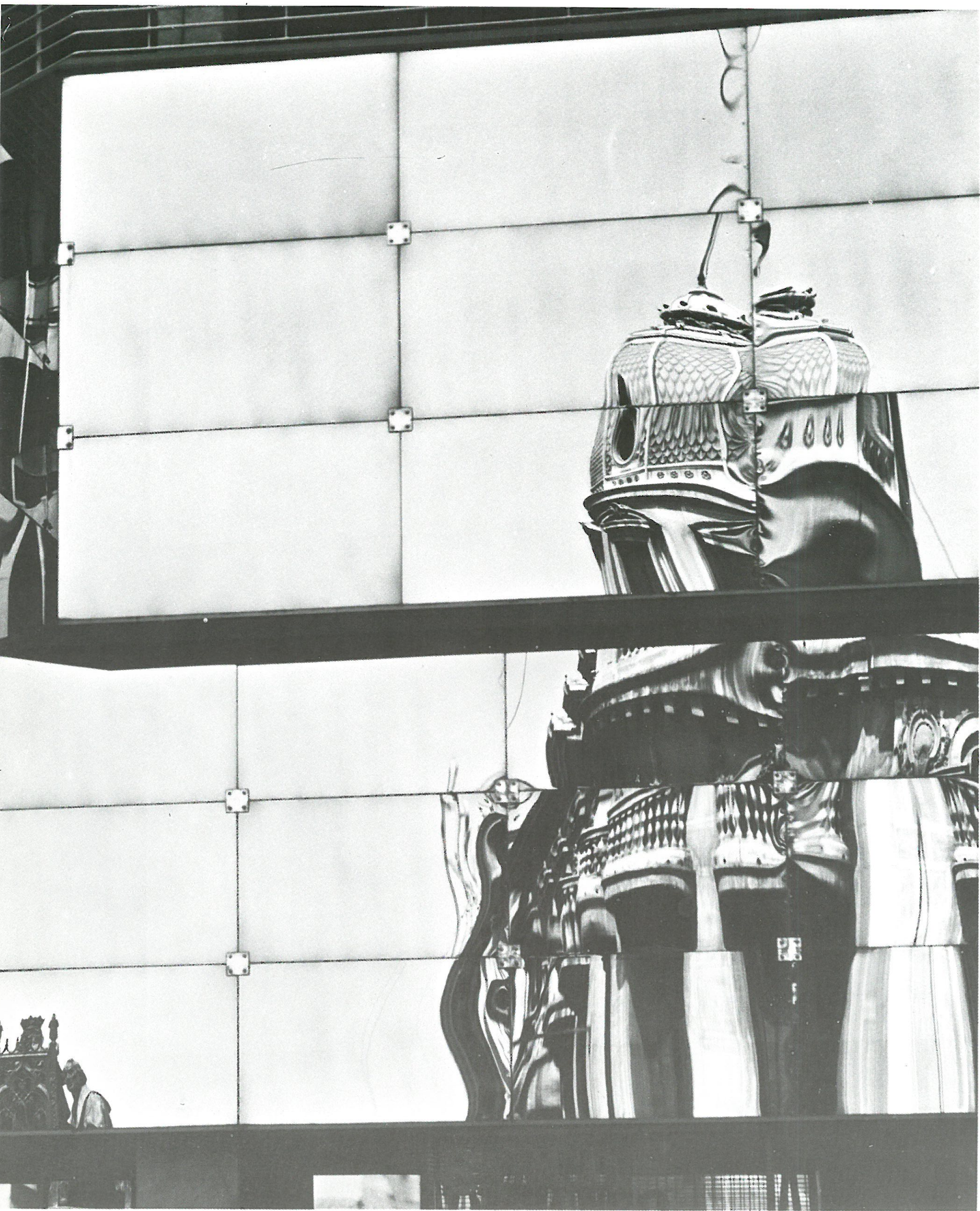
VIII

Has llegado hasta aquí
mirándote al espejo.
Sólo una vez la indignidad, la anciana
traición que nos ocupa la memoria,
pudo instalarse cómoda en tu casa,
y esa fue por amor
y compartida.

Sabrás
que todo ha terminado en este instante,
que la ciudad que amas finaliza
más allá de esta luna enronquecida
en donde los vestigios de otra historia
se cruzan con tu vida, inexorables.

Ahora
puedes mirar al fin esta puerta vacía
sin miedo a los salobres
rencores de esa gente que amas
y te ignora,
porque has llegado aquí venciendo a tu destino,
cuidando la madeja que te guió y te guía
fuera ya de esa luz,
de la ciudad que amas
y fue tuya.





Suena una música, separata del n.º 14 (verano '86) de OLVIDOS DE GRANADA, se imprimió en Ediciones Anel, S. A., de Granada. Fotocomposición, Walter De Fanti.